



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

“El color del vacío. Sublimación, función del padre y escabel”

Ensayo

Autor: Joaquín Núñez Visconti

Legajo: N-5098/9

DNI: 39.951.684

Docente Responsable: Mariano Bello

Agradecimientos

A la Universidad Pública, por metamorfosear la herencia que pretende haber sido reservada para nosotros.

A la Facultad de Psicología, su cuerpo docente y en particular al psicoanálisis, por no dejar caer, por construir un borde y por cambiar mi vida.

A mi analista, por hacer de lo imposible algo practicable.

Al Grupo Savoy, lugar de encuentro, transmisión y trabajo.

A Mariano Bello, por hablar a los jóvenes y sostener un deseo de transmisión que no se apaga.

A Juan Cammardella, por la lectura atenta y rigurosa en el proceso de escritura de este trabajo.

A los amigos hechos en el camino, compañía y sostén.

A la música, por ser mi escabel.

A mi familia, por abrir pasadizos en el muro de los días. Por transmitirme sus ganas de saber y sus razones de vivir. Por el empuje, la dedicación y el aliento.

Y a Lucía, por el soplo de vida, el amor y la fiesta de los días elegidos.

Índice

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Una ética del deseo.....	8
La función del padre y la producción del vacío.....	10
Escabel e invención: un saber-hacer frente a lo real.....	13
Conclusiones: El color del vacío.....	17
Referencias bibliográficas.....	19

Resumen

El trabajo aborda la sublimación no como un fenómeno estético ni como un destino pulsional garantizado, sino como una operación ética singular que se juega en la relación del ser hablante con el vacío que lo constituye. A partir de un recorrido que va desde Freud hasta la última enseñanza de Lacan, el trabajo se deja orientar por los enigmas fundamentales del psicoanálisis, localizando en ellos un mismo punto estructural: el vacío formulado en la noción de *das Ding*, que orienta tanto el deseo como la creación. En un primer momento, se sitúa la sublimación en el campo de la ética, distinguiéndola de la idealización y proponiendo el vacío como condición determinante de toda invención. En un segundo apartado, esta problemática se articula con la función del padre como operación simbólica: la metáfora paterna separa al sujeto del goce inmediato y habilita la vía sublimatoria. Se examinan asimismo las consecuencias de la no inscripción de esta operación, particularmente en la psicosis, donde la forclusión del Nombre-del-Padre da lugar a un agujero que exige soluciones singulares. En este punto, la introducción del concepto de escabel, elaborado por Lacan a partir de James Joyce, permite pensar una forma de sublimación más allá del Edipo, como saber-hacer con lo real y suplencia frente a la falla paterna. El ensayo concluye proponiendo una definición de la sublimación como una erótica del vacío; una operación ética singular en que cada sujeto inventa un saber-hacer con el vacío que lo constituye.

Palabras clave: sublimación, ética, función del padre, escabel

Introducción

En el presente ensayo se interroga el estatuto de la sublimación en la teoría y la clínica psicoanalítica, con especial énfasis en su articulación con la función del padre y la noción de escabel, tal como son elaboradas en la enseñanza de Jacques Lacan. Si bien Sigmund Freud introdujo tempranamente la sublimación como un destino de la pulsión sexual que permite la producción cultural y la creación artística, su conceptualización metapsicológica quedó inconclusa. Así como señala en la introducción a estos trabajos James Strachey (2022), además de otros autores del campo psicoanalítico, Freud nunca llegó a publicar el texto que había prometido sobre esta noción, lo que la convierte en un punto enigmático que Lacan abordará con nuevas coordenadas estructurales. Se revela, de este modo, el carácter complejo de la noción de sublimación.

El concepto hace su primera aparición formal en los “Tres ensayos de teoría sexual”, que datan del año 1905. Allí, Freud (2013) la define como una desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas hacia nuevos fines. Frente al malentendido habitual que consiste en concebirla como el desplazamiento de una pulsión hacia una vertiente desexualizada —que se pretende limpia y socialmente valorada— resulta imprescindible sostener la cuerda que liga sublimación y sexualidad como condición para delimitar su estatuto. En esta línea, se propone pensar a la sublimación como una ética de la erótica, una “eróthica”, como la describe Erik Porge (2024).

Existe una formulación especialmente potente para trabajar la sublimación como eje conceptual en su articulación con las categorías propuestas, enunciada por Jacques Alain Miller en su curso *El partenaire-síntoma*, dictado en el año 1997.

El padre es una sublimación motivada por el mito. El padre, especialmente en la teoría analítica -aunque esto no hace más que ilustrar, que formalizar, lo que ocurre en la religión-, es un objeto situado en esta posición a la vez excluida y absoluta que es la de la Cosa. (Miller, 2008, p. 209)

Es a partir de este lugar que se desprenden vertientes discursivas que será necesario desarrollar. El padre, esa figura que no se confunde con el progenitor biológico dado por naturaleza, sino que designa la puesta en juego de una invención simbólica sostenida por un mito fundacional: el del Edipo. En su función de corte y ordenación, el padre es él mismo el resultado de una operación sublimatoria, en tanto ha sido elevado al lugar de la Cosa —tal como Lacan la define en el *Seminario 7: La ética del psicoanálisis* (2015)—, ocupando una posición a la vez excluida y absoluta en la estructura.

En la estructura neurótica, la metáfora paterna opera en tanto que introduce la significación fálica, clave en la estructuración psíquica del sujeto ya que introduce la Ley, regula el deseo y su relación con el goce. Su inscripción exitosa en el complejo de Edipo

permitiría la posibilidad de sublimación al abrir un campo de satisfacción como pueden ser el arte, la ciencia o el amor. Otra escena que no sea la de la satisfacción directa de la pulsión: la metáfora paterna crea las condiciones estructurales para que la sublimación sea posible. En este marco, la sublimación puede entenderse como una operación que, articulada al Nombre-del-Padre, permite el desvío pulsional hacia fines socialmente valorados. Sin embargo, en las estructuras psicóticas, donde dicha metáfora no se instaaura, se plantea la pregunta por el modo en que la sublimación es posible sin el anclaje del significante paterno.

Entonces, ¿qué pasa cuando no opera la metáfora paterna? En las psicosis, la sublimación no funcionaría como en las neurosis, pero podría aparecer como una solución subjetiva, una invención que permita al sujeto sostenerse, compensando la forclusión. Es en este punto donde la noción de escabel —introducida por Lacan en su última enseñanza y retomada por Miller— permite pensar una invención singular que suple la falla del padre en la psicosis, aunque no es exclusiva de esta estructura. Escabel designa en francés un banquito o taburete para que el sujeto pueda elevarse, y se toma como metáfora de una construcción artificial, soporte imaginario que haga suplencia.

La revisión de antecedentes respecto a esta problemática señala que, si bien los conceptos de sublimación, padre y escabel han sido abordados en recientes investigaciones que los tratan por separado, no se encuentran trabajos que los articulen de manera sistemática en relación a sus consecuencias clínicas y estructurales. Canosa (2019) realiza un rastreo exhaustivo de la noción de sublimación y su articulación con otras categorías conceptuales, que son las de síntoma y creación. Allí propone que “el goce es no-todo sublimable. También hemos señalado que la creación artística se acerca a la posibilidad de un tratamiento de lo real” (Canosa, 2019, p. 230). En esa línea, destaca en relación a James Joyce cómo éste se hace un nombre, acercándose más bien a la categoría del *sinthome*: “el autor ubica con mucha fuerza a la creación artística de dicho escritor, en esta oportunidad apelando al concepto de *sinthome* como modo de arreglárselas con la forclusión del Nombre de Padre” (Canosa, 2019, p. 230).

Por otro lado, Mina (2020) articula sublimación y escabel, acentuando la definición de este último concepto en su relación con la Cosa.

Miller define al escabel como “aquello sobre lo que se alza el parlêtre para ponerse guapo”; lo que le permite elevarse a la dignidad de la Cosa. Así, plantea que escabel es un concepto transversal, ya que traduce de un modo figurado la sublimación freudiana (Mina, 2020, párr. 6)

Por último, María Cruz Rodríguez sostiene que “en Lacan se opera una verdadera subversión del concepto, él insiste más en la sublimación como una nueva satisfacción

que no es sin el cuerpo. Enfatizó de la sublimación la creación que supone introducir el significante en el mundo” (2019, párr. 7). Ese significante en el mundo, que la autora menciona, se ofrece como punto en donde comenzar a interrogar la metáfora paterna y su función estructurante para la sublimación y el escabel.

La propuesta de este trabajo apunta a explorar la sublimación más allá de una lectura estetizante, para ubicarla como una operación ligada al tratamiento del goce y, en ciertos casos, a una invención singular allí donde el Nombre-del-Padre se halla forcluido. La novedad del enfoque reside en que existe un área de vacancia que se puede abordar al proponer un tratamiento articulado de estos tres conceptos que ponga en juego tanto su lógica estructural como su dimensión clínica. Por ello, se buscará aportar a una zona poco explorada de la teoría psicoanalítica, proponiendo una lectura que pueda abrir nuevas líneas de investigación e intervención, orientadas por la vía de que la sublimación puede ser pensada como una invención singular a partir de su articulación con la metáfora paterna en la neurosis y con el escabel como suplencia en la psicosis, quedando así señalados los distintos tratamientos posibles de una función del padre.

Una ética del deseo

¿Por qué incluir la sublimación en una ética y no en una estética?

MASSIMO RECALCATI

Existen tres grandes enigmas en el psicoanálisis.

1. ¿Qué quiere la mujer?
2. ¿Qué es un padre?
3. ¿Qué es la sublimación?

El enigma de la sublimación se presenta como uno de los puntos de mayor interés para el psicoanálisis. La tesis freudiana sostiene que se trata de uno de los destinos posibles de la pulsión —el destino “más raro y perfecto” (Freud, 2014, p. 53)—, en la medida en que, tratándose del campo problemático de las *Triebe*, nos enteramos de que éstas presentan posibilidades de satisfacción inéditas y variadas.

La particularidad de la sublimación reside en que permite una satisfacción directa de la tendencia sin pasar por la represión, con el agregado de producir un objeto inédito a partir de “la forma misma en que se vierte el deseo” (Lacan, 2021, p. 536). Es decir, se trata de una satisfacción no sintomática, y es precisamente allí donde se localiza el escollo fundamental que la investigación psicoanalítica hereda luego de Freud.

Lacan abordará el problema de la sublimación, sobre todo, en su *Seminario 7*. En este seminario se encuentra una lectura lacaniana de “El malestar en la cultura”, articulada con una indagación sobre la ética. A lo largo de ese recorrido —cuyas clases se encuentran precisamente catalogadas como “El problema de la sublimación”— se arriba a una conceptualización clave: la sublimación es la operación que eleva el objeto a la dignidad de la Cosa, *das Ding* (Lacan, 2015).

Para poner a trabajar esta definición, propongo descomponerla en dos partes. Por un lado, elevar el objeto implicará establecer una diferencia nítida entre idealización y sublimación. En este punto, se retomará el paradigma del amor cortés, tal como Lacan lo desarrolla, para pensar esa elevación como algo que no se confunde con la idealización ni se pretende limpia del barro de la sexualidad. Por otro lado, la expresión “dignidad de la Cosa” exige una elaboración específica: será necesario detenerse en lo que significa *das Ding* en lengua castellana, para ubicar el lugar estructural que la Cosa ocupa en la ética del deseo.

El amor cortés, tal como lo recupera Lacan en su lectura de la poesía trovadoresca, se presenta como una vía ejemplar para pensar la sublimación en su tensión más radical: allí donde el objeto no es negado ni desexualizado, sino más bien elevado —no a lo sublime, sino a la dignidad de la Cosa. A diferencia de la idealización, que aleja el cuerpo del otro, que recubre el objeto de cualidades que le son ajenas o que

lo diluye en una abstracción inalcanzable—, la sublimación no des-erotiza. Al contrario, se apoya en el deseo y en su imposibilidad estructural.

Así lo expresa Erik Porge (2018) al señalar que el ejemplo del amor cortés muestra “la intrincación posible de la idealización con la sublimación” (p. 51). La Dama está ciertamente idealizada en sus cualidades, pero su lugar no se agota en eso: al ocupar el sitio de la Cosa, es objeto de sublimación. No se trata de un reflejo casto de una idea platónica ni de una perfección inalcanzable, sino de un punto de inaccesibilidad erótica, donde el deseo no cesa de escribirse, incluso en su suspensión. Para que haya sublimación, dice Porge, el poeta debe amar “con un amor carnal” y esperar favores: hay cuerpo, hay goce, hay demanda.

Lacan, en el *Seminario 7*, lo dice sin ambages: “el objeto sexual, acentuado como tal, puede nacer en la sublimación” (Lacan, 2015, p. 202). La sublimación no borra el objeto sexual; más bien lo deslocaliza, lo hace pasar por el rodeo de la palabra, del arte, del acto creador del *logos*. De allí que una poesía pueda alojar el juego sexual más crudo sin perder por ello su “mira sublimante”: la forma, la distancia, la imposibilidad son los elementos que permiten que el goce sea bordeado sin ser desmentido.

En ese borde se funda una operación subjetiva delicada, que no se produce por mandato ni por cultura, sino por estructura: la posibilidad de sostener el deseo en su falta, sin exigir su resolución inmediata en un objeto de consumo. De este modo, la sublimación aparece como una ética del deseo: no porque se sacrifique el goce, sino porque se lo transfigura, se lo bordea, se lo transforma —a veces en poema, a veces en obra, a veces en invención mínima.

Ahora, en su retorno a Freud, Lacan extrae el concepto de *das Ding* del “Proyecto de psicología para neurólogos” y lo reelabora como un punto estructurante de su ética del deseo. Se trata de una noción esquiva, pero crucial: la Cosa es lo que está en el centro del mundo subjetivo; conjuga “lo más íntimo para el sujeto -que es el lugar de un goce- con una exterioridad radical” (Porge, 2024, p. 58), un punto de goce originario y exterior, inaccesible. Lacan lo llamará extimidad: lo más propio del sujeto, en tanto alojado fuera del campo del sentido.

Tal como señala Porge (2018), la Cosa sostiene la nueva definición de la sublimación. No se sublima un objeto cualquiera: se eleva algo al lugar vacío de la Cosa, allí donde el goce no puede satisfacerse directamente. Es en esta falta —en este vacío estructural de la Cosa— donde se produce la operación sublimatoria. Por eso Lacan afirma que “en toda forma de sublimación, el vacío será determinante” (2015, p. 163).

Ese vacío no es puro agujero, ni tampoco ausencia sin forma. Es un vacío producido por la acción del significante, una falta estructurada, como la que se instala cuando la metáfora paterna introduce el Nombre-del-Padre y corta el goce materno.

Sublimar no consiste en llenar ese vacío, sino en habitarlo, en rodearlo, en inventar una forma nueva que no tape lo perdido sino que lo borde.

Desde esta perspectiva, la sublimación puede pensarse, tal como en el duelo, como una forma de trabajo (*Arbeit*). Este trabajo creador de la sublimación transforma la economía de la pulsión. La pulsión, privada del acceso inmediato al objeto, se desplaza, se reinventa, se satisface en otro lugar: en una obra, en un acto, en un decir. En ese gesto, el sujeto transforma el goce, haciendo surgir lo inédito desde el vacío: un objeto sublimado que se ofrece en lugar de la Cosa.

Así, la sublimación implica una posición ética ante el vacío. Frente a la imposibilidad del goce inmediato, algo puede ser creado —como invención singular— a partir de ese punto estructural de imposibilidad. En eso reside su potencia, y también su rareza.

La función del padre y la producción del vacío

El amor al Padre se llama política. Su asesinato se llama historia.

PASCAL QUIGNARD

En numerosas ocasiones, tanto Freud como Lacan señalaron que no todo sujeto es capaz de sublimar. ¿Qué condición simbólica le permite a un sujeto devenir capaz de sublimación? Aquella operación primera, en los albores de la constitución subjetiva, fue formulada por Freud como el Complejo de Edipo, referencia fundamental de la Ética del psicoanálisis. Éste no es un mero episodio del desarrollo evolutivo, sino que se trata de un momento estructurante. Así lo señala en una temprana correspondencia con Fliess: “Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana” (Freud, 2013, p. 307).

Con el Complejo de Edipo se introduce una lectura decisiva sobre la articulación entre deseo y ley, cuyas paradojas conducen al campo de la ética. En ese tiempo inaugural, el deseo incestuoso por la madre se articula necesariamente a la función del padre como operación de corte e interdicción. Deseo y ley quedan así inscritos como condiciones simbólicas fundamentales que inauguran un sujeto dividido, efecto del lenguaje.

En su lectura de Freud, Lacan (2018) extrae las consecuencias lógicas de esta operación haciendo de la metáfora paterna el operador central del Edipo: una sustitución significativa mediante la cual el Nombre-del-Padre viene a metaforizar el deseo de la madre, produciendo la significación fálica. De esta operación dependerá la elección de estructura del sujeto, esa “insondable decisión del ser” (Lacan, 2015, p. 175).

$$\frac{\text{Nombre-del-Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow \text{Nombre-del-Padre} \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

En Lacan (2018) “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”.

El padre, entonces, no se reduce a una presencia empírica ni a una figura de autoridad en la familia —“una sombra, un banquero” (Lacan, 2016, p. 178)—, sino que se define por su función simbólica. En tanto metáfora, es un significante que viene en lugar de otro significante, sustituyendo al significante materno y produciendo el advenimiento de una nueva significación. Es esta pérdida, esta separación respecto de la Cosa, la que abre la vía del deseo y, con ello, la posibilidad misma de la sublimación como invención singular alrededor de un vacío. El padre, siguiendo a Domínguez (2023) es aquel que aborda a una mujer con la causa de su deseo, y solo eso es lo que lo hace digno de amor. “Lacan reduce la eficacia de la operación paterna a esa prueba de fuego que es dirigirse a lo femenino, abordar, con la causa de su deseo, a una mujer” (p. 84).

Oscar Masotta (2008) subraya que es en este punto en donde el falo se instala como el articulador fundamental de toda la relación: lo que se espera de esta etapa es que el niño pueda asumir el falo como significante, y hacer de él instrumento del intercambio. Cuando el niño ocupa el lugar de falo para su madre, tiene todas las de ganar y todas las de perder. En tanto el goce materno se presenta como absoluto y sin límites, una diferencia se vuelve necesaria: el Nombre-del-Padre introduce una mediación simbólica que separa al niño de la Cosa nirvánica materna. En este lugar será de importancia la articulación de la madre, que es en tanto mujer que ha producido la equivalencia chico=falo (Masotta, 2008). El deseo materno es el deseo fundador de toda estructura; digamos entonces, que para criar un hijo una madre tiene que sublimar.

Siguiendo a Massimo Recalcati (2015), la prohibición promovida por la castración anula la posibilidad de una satisfacción inmediata, separando al sujeto de la Cosa pura del goce y de los objetos familiares —incestuosos u originarios—. Al hacerlo, se abre la posibilidad de orientar el deseo por caminos más largos, habilitando lo que podemos llamar la sublimación: una vía inédita mediante la cual la pulsión produce nuevos objetos y satisfacciones, permitiendo un movimiento dialéctico.

El goce inmediato, que no admite demora ni escansión, se encuentra exaltado en nuestra cultura contemporánea. El discurso capitalista —al prometer la proximidad de la Cosa— elimina el rodeo del deseo y su trabajo simbólico. Lo que se elimina allí es el vacío que da lugar a la creación. Este goce instantáneo, como el que ofrece la droga, funciona de manera radicalmente antisublimatoria, ya que su consumo elimina la distancia, la espera y la elaboración que constituyen el trabajo del deseo y la invención

subjetiva (Recalcati, 2015). Dicho de otra manera, no se puede crear sin destruir. Con lo que tiene que arreglarse el ser hablante es con tener que crear un vacío que no está dado de antemano, ya que a la naturaleza no le falta nada.

Lacan (2015) señala, en el *Seminario 7*, que “en toda forma de sublimación, el vacío será determinante” (p. 163). Esta afirmación cobra aquí su pleno alcance: el vacío es el efecto de una operación simbólica precisa, solidaria de la metáfora paterna. Allí donde el Nombre-del-Padre se inscribe, se produce una negativización del goce y una separación respecto de la Cosa, condición necesaria para que la pulsión pueda desviarse de su satisfacción inmediata y encontrar, en el rodeo del deseo, una vía de invención. Recalcati lo expresa claramente:

La condición de acceso a la realidad se define propiamente por esta sublimación del goce mortífero y canibalístico que distingue el pegamento oscuro del ser viviente con el Uno del cuerpo materno. Más precisamente, la posibilidad de esta primera sublimación del goce parece operar como un principio discriminativo entre neurosis y psicosis, en el sentido que en la psicosis la sublimación se demostraría como imposible y el goce de la pulsión de muerte arrasaría con cualquier dique subjetivo. (Recalcati, 2006, p. 39)

Esta lógica permite también circunscribir, por contraste, lo que acontece cuando dicha operación no tiene lugar. En la psicosis, la metáfora paterna no opera: el Nombre-del-Padre está forcluido como significante primordial del campo del Otro. No se produce, entonces, la significación fálica ni el vacío estructurante que ella introduce. Desviándose de la carretera principal, en su lugar se abre un agujero en lo simbólico, un punto donde el significante falta radicalmente y el goce no queda negativizado, produciendo, en los momentos de desencadenamiento psicótico, “la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario” (Lacan, 2018, p. 552).

Es en este contexto que Lacan (2018) define la psicosis como una lesión en la juntura íntima del sentimiento de la vida, la deflación de un cuerpo no vivificado por la significación fálica. Allí donde la neurosis se organiza alrededor de una falta que estructura el deseo, la psicosis se confronta con una irrupción de lo real que no encuentra mediación simbólica suficiente. No se trata, entonces, de un vacío habitado por la ausencia de la Cosa, sino de un agujero-siempre-lleño de goce, que compromete la consistencia misma del lazo entre el sujeto y el mundo. ¿Y de qué se trata la sublimación? Se trata de que lo más íntimo pase a hacer lazo, sin ser obsceno.

Esta distinción —vacío en la neurosis, agujero en la psicosis— será decisiva para pensar las diferentes modalidades de invención subjetiva. Si la sublimación se sostiene en el vacío producido por la función del padre, en la psicosis la invención deberá tomar

otros caminos, no ya como elevación del objeto a la dignidad de la Cosa, sino como tentativa de dar consistencia allí donde la metáfora no ha operado. Es en este punto donde Lacan, y más tarde Jacques-Alain Miller, situarán la noción de escabel: una solución singular que suple la falla paterna.

De este modo, la cuestión de la sublimación se entiende como el principio de toda transformación subjetiva. Esto conduce necesariamente a interrogar sus límites estructurales y sus desvíos posibles. Si en la neurosis la invención se organiza alrededor de un vacío que hace lugar al deseo, en la psicosis la creación apunta más bien a suplir una falla, un agujero, y así producir un artificio mínimo que permita sostener el sentimiento de la vida. Será en este borde donde se inscriben las elaboraciones posteriores de Lacan sobre el *sinthome*, y donde la figura de James Joyce se vuelve paradigmática.

Escabel e invención: un saber-hacer frente a lo real

*Los escabeles están ahí para producir belleza,
porque la belleza es la defensa última contra lo real.*

JACQUES-ALAIN MILLER

El concepto de escabel emerge en la última enseñanza de Lacan como un modo singular de repensar la sublimación más allá del Edipo, sin por ello prescindir de él. No se trata de una alternativa que reemplace la metáfora paterna, sino de una lógica suplementaria que permite pensar cómo un ser hablante puede arreglárselas con lo real allí donde la función del padre resulta insuficiente o directamente no opera. El escabel introduce, así, una torsión decisiva en la teoría de la sublimación: ya no es el objeto el que se eleva a la dignidad de la Cosa, sino que es el sujeto mismo el que puede llegar a elevarse; resultando de esa operación lo Bello, lo Verdadero, el Bien. Eso Bello que está en el escabel, Lacan lo demuestra escribiéndolo *S.K.beau* (S.K. bello).

Lacan introduce este término de manera enigmática en su escrito "Joyce el síntoma", reescritura de la conferencia que dictó y se encuentra en el *Seminario 23: El sinthome*, y será Jacques-Alain Miller (2014) en la conferencia "El inconsciente y el cuerpo hablante" quien lo esclarezca y sistematice. El escabel designa aquello sobre lo cual el *parlêtre* se alza, se sube, se exhibe: un pedestal precario pero eficaz que le permite "ponerse guapo", subirse los humos, hacerse valer ante el Otro y ante sí mismo. En este sentido, "está condicionado por el hecho de que el hombre tiene un cuerpo y solo uno, un cuerpo en el que sobrevienen acontecimientos" (Miller, 2013, p. 92), pero no es un simple adorno narcisista, sino una solución subjetiva que anuda goce, cuerpo y consistencia del ser. Miller (2014) lo define como un concepto transversal que traduce de

un modo figurado la sublimación freudiana, pero en su entrecruzamiento con el narcisismo: una sublimación que ya no se juega únicamente en el objeto, sino en el propio modo de ser del sujeto.

Aquí se introduce una diferencia crucial con la sublimación tal como fue pensada en el *Seminario 7*. Mientras que allí la operación consistía en elevar un objeto a la dignidad de la Cosa, en el escabel asistimos a un desplazamiento: es el propio sujeto quien se eleva, con su estilo, con su nombre, con su obra, como aquello que hace borde frente a lo real. El escabel es, en este sentido, una sublimación que se apoya en el “yo no pienso” originario del *parlêtre*: una forma de desconocimiento del inconsciente, de negación del inconsciente mediante la cual el sujeto se cree dueño de su ser, aun cuando esa creencia se sostenga en una construcción frágil. Joyce, según Lacan (2021) es un desabonado del inconsciente.

Este desplazamiento teórico resulta particularmente fecundo para pensar la psicosis, aunque el escabel no es exclusivo de esta estructura. Allí donde la metáfora paterna no opera y el vacío estructural de la Cosa no se constituye como tal, el escabel puede funcionar como una invención suplementaria. En este punto, el escabel se presenta como una respuesta posible a la lesión de “la juntura más íntima del sentimiento de la vida” (p. 534), tal como Lacan (2018) define la psicosis en “De una cuestión preliminar”. Se trata de, mediante esa suplencia, inventar un modo de sostener el cuerpo y el goce sin desencadenamiento.

El caso paradigmático de James Joyce permite a Lacan formalizar esta operación. Joyce no sólo escribe: se hace un nombre con su escritura. Allí donde el Nombre-del-Padre falla, Joyce se hace un nombre como marca de estilo. En *Finnegans Wake*, la lengua es llevada hasta su punto de delirio: las palabras se deforman, se superponen mediante neologismos. Sin embargo, es precisamente ese hacer delirar la lengua lo que permite que Joyce no delire —tanto— como sujeto. El síntoma mismo deviene escabel: una obra que sostiene el cuerpo y anuda lo real, lo simbólico y lo imaginario sin pasar por la vía edípica clásica.

Desde esta perspectiva, el escabel aparece como una forma extrema y singular de saber-hacer con lo real. Una vez quemados los escabeles, como sugiere Miller (2014), ya no hay garantía ni pedestal previo: el sujeto debe demostrar su capacidad de hacer algo con su modo de gozar, de convertirlo en forma, en escritura, en artificio. La belleza, en este punto, no es un ideal estético, sino una defensa última frente a lo real. De algún modo, “una creación artística es la producción que resulta de un determinado tratamiento de goce de su creador” (Domínguez, 2023, p. 105).

Finalmente, se abre aquí una hipótesis que merece ser explorada: para que un escabel pueda sostenerse, parece necesario que una mujer funcione como síntoma. Así

como Nora lo fue para Joyce, como aquello que permite anudar el goce al cuerpo y a la vida. Esta función —que no se confunde con la metáfora paterna— introduce una nueva vía para pensar la invención subjetiva, allí donde el padre no alcanza o no está, pero que lo conserva, en tanto “el amor es un elemento imprescindible para que el *parletre* pueda hacer uso del padre” (Domínguez, 2023, p. 87)

Lacan (2021) subraya que Joyce “no estaba loco” en el sentido clásico, en tanto logró un anudamiento eficaz de lo real mediante su obra; pero ese anudamiento no se explica únicamente por la escritura. Hay allí una presencia decisiva: su mujer, Nora Barnacle. Lacan llegará a decir que Nora fue para Joyce su síntoma. El síntoma, en la última enseñanza de Lacan, toma el valor de ser aquello con lo que se sabe hacer. En este sentido, la mujer-síntoma puede operar como soporte del escabel, como aquello que permite que la invención no se desmorone.

En “Psicoanálisis, drogas y rock and roll”, Luis Darío Salamone propone una lectura esclarecedora a partir del caso de Syd Barrett. En el capítulo dedicado a Pink Floyd, Salamone (2023) sostiene que Barrett ocupó el lugar de *das Ding* para la banda: un vacío alrededor del cual se organizó un proceso de sublimación. Pink Floyd logró su éxito no continuando la obra de Barrett, sino creando a partir de su ausencia, alimentándose de su leyenda, haciendo de ese vacío un operador creativo. Barrett, excluido de la banda, funcionó como objeto causa: un punto de pérdida que sostuvo la producción artística.

Sin embargo, Salamone introduce una hipótesis decisiva: a diferencia de Joyce o de Dalí, Syd Barrett no contó con una mujer que pudiera operar como síntoma. Esta diferencia no es menor. Allí donde Joyce logró hacer de su escritura un escabel sostenido por una extraña relación amorosa, aquella que le calzaba como un guante invertido, Barrett quedó expuesto a lo real sin un anudamiento suficiente. El enigma —dimensión constitutiva de todo proceso creativo— no encontró un borde que lo sostuviera. La creación, en su caso, no logró estabilizar el goce ni la deriva mortífera que la pulsión de muerte encontró en el LSD.

Esta lectura permite articular de un modo preciso escabel, sublimación y la función del síntoma. El escabel no se reduce a la obra ni al reconocimiento social; es una construcción frágil, artificio mínimo que requiere, muchas veces, un apoyo en el Otro. La mujer como síntoma no garantiza la sublimación, pero puede funcionar como condición de posibilidad para que la invención no derive en desanudamiento. No se trata de una solución universal, sino de una suplencia singular, contingente, que puede o no producirse.

Desde esta perspectiva, el escabel aparece como una solución que se sostiene en una red: la escritura, el cuerpo, el goce, el lazo amoroso. Allí donde la función del padre

no opera o resulta insuficiente, la mujer-síntoma puede devenir un punto de anclaje, un borde frente a lo real. Su ausencia, como sugiere el caso de Barrett, puede dejar al sujeto expuesto a un goce sin mediación.

Esta hipótesis permite abrir interrogantes y poder pensar que la sublimación —en su versión más radical, aquella que se aproxima al escabel— es una invención que se juega también en el lazo. Entre el vacío y el agujero, entre la obra y el cuerpo, entre el síntoma y el amor, se dibuja una ética de la invención que no promete salvación, pero sí una posibilidad de arreglo singular con lo real.

Conclusiones: El color del vacío

A lo largo de este trabajo se intentó interrogar la sublimación no como un fenómeno estético ni como un destino pulsional garantizado, sino como una operación ética que se juega en la relación del ser hablante con el vacío que lo constituye. Desde Freud hasta la última enseñanza de Lacan, la sublimación aparece ligada a un punto enigmático que encontrará su nominación en *das Ding*, la Cosa, ese real imposible de simbolizar que, lejos de ser un mero vacío, orienta el deseo y la creación.

El padre es una sublimación propiciada por el mito, y en la neurosis, su metáfora produce un vacío que separa al sujeto del goce inmediato y abre la vía del deseo. Ese vacío será principio de creación de lo nuevo. Allí la sublimación puede operar como elevación de un objeto a la dignidad de la Cosa, permitiendo que la pulsión encuentre un destino que no sea ni la satisfacción directa ni el síntoma. La ética del deseo se sostiene, entonces, en la posibilidad de consentir a la falta y hacer algo con ella.

Sin embargo, cuando la metáfora paterna no opera, el problema se desplaza. En la psicosis, no hay vacío estructurado sino agujero, irrupción de lo real sin mediación suficiente. Es en este punto donde la noción de escabel permite pensar una invención singular que no responde al Edipo, pero que tampoco lo desconoce del todo. El escabel nombra ese artificio precario —obra, estilo, nombre propio— mediante el cual el *parlêtre* logra sostener el cuerpo y el sentimiento de la vida. Ya no se trata de elevar un objeto, sino de elevarse uno mismo como obra.

El caso de James Joyce resulta paradigmático: su escritura no sólo produjo literatura, sino que funcionó como un anudamiento eficaz frente a la falla paterna. Al hacer del síntoma un escabel, Joyce supo transformar el delirio de la lengua en un saber-hacer con lo real. En contraste, la figura de Syd Barrett muestra el reverso de esta operación: allí donde el vacío no encontró un borde suficiente, la creación no logró por sí misma estabilizar el goce. La hipótesis de la mujer como síntoma permite leer esta diferencia, señalando que la invención no se sostiene únicamente en la obra, sino también en el lazo.

Los tres grandes enigmas del psicoanálisis —qué quiere la mujer, qué es un padre, qué es la sublimación— no se resuelven, pero sí pueden encontrar un cauce en la invención sublimatoria, en tanto operación que crea lo que no está dado de antemano. En el corazón de estas tres preguntas se localiza un mismo punto estructural: el vacío producido por el significante. El color del vacío remite entonces a una operación singular. Cada sujeto, según su estructura y sus invenciones, colorea ese vacío con una ley, una obra, un amor o un síntoma.

Desde este recorrido, propongo que la sublimación no sea pensada sólo como un destino pulsional. La sublimación es una erótica del vacío; una operación ética singular en que cada sujeto inventa un saber-hacer con el vacío que lo constituye.

Esta operación erotológica rara, frágil y siempre singular, sólo puede tener lugar allí donde el deseo acepta no coincidir con el goce. Se trata siempre del mismo problema: qué hace un sujeto con aquello que ama y no puede poseer. El vacío estructural no se sostiene sin erótica; no hay sublimación sin amor, ni amor sin sublimación, porque es el amor el que introduce la distancia necesaria entre el cuerpo y la Cosa, el que permite hacer uso del padre más allá de un mandato o ideal. El color del vacío nombra entonces una ética del deseo, una forma de amar sin consumir, de gozar sin destruir, de crear sin suturar la falta. Allí donde el padre no garantiza, donde el vacío no se colma y lo real insiste, el ser hablante sólo puede sostener su humanidad inventando una forma —una obra, un síntoma, un lazo— que haga del amor un borde, del síntoma un escabel y del vacío no una condena, sino el lugar mismo desde el cual realzar el sentimiento de la vida.

Referencias bibliográficas

- Canosa, J., López, E., Mundiñano, G., Perak, M. (9 de octubre del 2019). La sublimación en las obras de Freud y Lacan. Hipótesis preliminares acerca de la relación entre sublimación y creación. https://www.psi.uba.ar/publicaciones/anuario/trabajos_completos/26/canosa.pdf
- Domínguez, I. (2023). *Recorridos de la sublimación*. Olivos: Grama Ediciones.
- Freud, S. (2013). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas: Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2014). *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2022). Trabajos sobre metapsicología. En *Obras Completas: Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2015). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2015). *El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2016). *El Seminario, Libro 5: Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2018). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2021). *El Seminario, Libro 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2021). *El Seminario, Libro 23: El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Masotta, O. (2008). *Ensayos lacanianos*. Buenos Aires: Aguilar.
- Miller, J.A. (2008). *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.A. (2013). *Piezas sueltas*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.A. (2014) *El inconsciente y el cuerpo hablante*. En *Scilicet. El cuerpo hablante. Sobre el inconsciente en el siglo XXI*. Buenos Aires: Grama.
- Mina, F. (2 de octubre del 2020). Escritura, sublimación y escabel. *Cuatro más uno EOL*. https://www.cuatromasunoel.com/img/el-banquete-2020/producciones/transferencia-y-goces/mina-florenia_escritura-sublimacion-y-escabel.pdf
- Recalcati, M. (2006). *Las tres estéticas de Lacan: psicoanálisis y arte*. Buenos Aires: Del Cifrado.
- Recalcati, M. (2015). *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época hipermoderna*. Barcelona: Xoroi Edicions.
- Rodríguez, M. (12 de abril del 2019). *La sublimación uno de los destinos de la pulsión*. Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano.

<https://elp.org.es/la-sublimacion-uno-de-los-destinos-de-la-pulsion-maria-cruz-rodriguez/>

Porge, E. (2024). *La sublimación, una erótica para el psicoanálisis*. Rosario: Tausk.